

Volando con una bruja

por Paco Abril*

El articulista narra la gestación y desarrollo de la actividad de promoción de la lectura llevada a cabo, a partir del personaje de una bruja, por la Red de Bibliotecas de la Fundación Municipal de Cultura de Gijón.

Cuando, dentro de las actividades que realiza la Red de Bibliotecas de la Fundación Municipal de Cultura de Gijón, propuse a Beatriz de Melo y Ana López, bibliotecarias de uno de los barrios más populosos de la ciudad (Pumarín), realizar una actividad de promoción de la lectura a partir del personaje de una bruja, acogieron la idea con auténtico entusiasmo. Y me apresuro a subrayar que esta acogida y este entusiasmo fueron el impulso imprescindible que hizo posible la materialización de este proyecto. ¡Cuántas ideas hemos tenido que dejar relegadas, en vía muerta, por no disponer de esa energía necesaria para su realización!

El ambicioso objetivo que se pretende conseguir con este proyecto, aún en fase de desarrollo, es el de posibilitar a los niños y a las niñas un lugar donde libremente, a sus anchas, sin cortapisas limitadoras, puedan descubrir el placer de leer. Que se encuentren en un espacio estimulante donde todos los descubrimientos sean posibles. Convertir la biblioteca en un lugar lleno de ventanas abiertas a mundos fascinantes.

Evidentemente, esto supone mucho más que la realización de cualquier actividad de incitación a la lectura, exige la transformación del concepto tradicional de biblioteca. Esa exigencia impregna este esfuerzo en el que hemos puesto a volar la imaginación en la escoba de una bruja.

¿Por qué una bruja y no otro personaje con mayor carga positiva, teniendo en cuenta que va dirigido a los ciudadanos y ciudadanas más pequeños? Pues, porque entre todos los seres que pueblan la mitología infantil, las brujas siguen siendo todavía esos personajes fascinantes y terroríficos, a la vez, en los que toman cuerpo muchos de los deseos y de los temores de nuestros niños y niñas. Aunque se las detesta, poseen un gran poder de atracción. Aunque se las rechaza, todos quieren meter la nariz en sus secretos. Aunque no se crea en ellas, se les tiene una especial prevención.

Sin embargo, para no perdernos, sincronizamos nuestras brújulas y tratamos de establecer las coordenadas en las que íbamos a movernos averi-



ISAAC RUBIO.

guando, lo primero, qué concepto tenían los niños y las niñas de las brujas; cómo las veían ellos ahora, casi en el albor del siglo XXI.

Y nos llegaron un aluvión de opiniones (que bien merecerían un estudio aparte) en forma de jugosos textos y de muy significativos dibujos.

Brujas clásicas

El perfil de bruja que se desprende de estas visiones coincide con la imagen de las brujas difundida por los cuentos tradicionales.

Las brujas son, por lo tanto, «malas, tienen muchos granos, comen a los niños. Hacen pócimas y viven en castillos» (*María*, 10 años). «Convierten en ranas a las personas y a los príncipes en sapos» (*María Teresa*, 8 años). «Tienen la nariz larga y puntiaguda, con una verruga. Siempre van vestidas con algo negro, llevan gorros también puntiagudos» (*Mercedes*, 10 años). «Siempre andan mal vestidas, tienen una risa muy fea, no sé como no les da asco coger ojos de rana y todo eso» (*Daniel*, 10 años). «Es una persona que hace el mal a las demás personas y lo tiene todo bien planeado» (*Olaya*, 10 años). «Yo he visto a una bruja convertir a una persona en una asquerosa rana» (*Sonia*, 10 años). «Son mujeres con poderes sobrenaturales» (*Vladimir*, 10 años). «A los niños, cuando son pequeños, les dicen que se duerman porque si no, viene la bruja, y los niños se duermen» (*Rubén*, 10 años). «Son malas y repugnantes» (*Adrián*, 10 años). «Vuelan en escobas» (*Luis*, 9 años).

En resumen, opiniones y dibujos nos presentaban a las brujas como mujeres malvadas, perversas, peligrosas, dañinas y un largo etcétera. Pero también había bastantes que afirmaban que no todas las brujas eran así, que las hay buenas y malas. «Las brujas no son tan horribles como parece. Son graciosas e incluso agradables» (*Vanesa*, 9 años). «Pueden ser todo lo contrario de como aparecen

en los libros, es decir, buenas, guapas, etcétera» (*Alfredo*, 10 años).

Para nosotros estaba claro que nuestra bruja debería tener unas características muy diferentes de las de sus antecesoras. Y así, por contraposición, se fue gestando una bruja de la Nueva Generación. Sería joven, ingeniosa, inteligente, dinámica, moderna, divertida, comprensiva, amable, descarada, simpática, un pelín desmadrada y sobre todo, sobre todo, amiga de los niños y las niñas.

Ya teníamos definidas las peculiaridades de este personaje, faltaba sólo un cuerpo apropiado donde meterlas.

Juan Carlos Moure, que ejerce de productor en esta especie de locura, fue quien la encontró. Pili Orellana era la actriz que necesitábamos. Ningún experto en *castings* nos hubiera encontrado otra más apropiada.

Da la impresión, al verla actuar con su infatigable vitalidad y su gran capacidad de improvisación, que lleva haciéndolo toda la vida. Y nos hemos empezado a preguntar si no se tratará de una bruja de verdad.

En cuanto a su vestuario, mantuvimos el gorro como símbolo característico de cualquier bruja que se precie, pero nada más. La vestimos, y no nos equivocamos, con una «chupa» de cuero como «toque» actualizador y unos enormes y divertidos zapatos, todo ello sobre un mono de rayas negras y fucsias. Marisela Gredilla, una experta en transformaciones, dio a su cara el efecto deseado. Sólo le faltaba ya un nombre y le pusimos *Pumaruja*, como homenaje al barrio que la vio nacer. Y ya estaba preparada para salir al ancho mundo.

Su presentación en sociedad se hizo a través de dos vías diferentes. Una, personalmente, visitando en un principio los colegios del barrio. Ante el asombro, la alegría y un poco de susto, todo hay que decirlo, de los niños y niñas convertidos en escolares. La bruja irrumpió en cada clase, una por una, poniéndolo todo patas arriba.

Se daban cuenta enseguida de que

la bruja estaba a su favor, que era alguien en quien podían confiar. Por eso, cuando les explicó cómo preparar pócimas mágicas, todos escucharon extasiados. Había que ver sus caras cuando la bruja decía:

«Si tienes alguna preocupación, alguna pena, alguna aflicción, haz una pócima, un remedio que rápido acabe con todo ello. Abre los ojos, abre los oídos, abre la mente y aprenderás cómo hacerlo rápidamente. Para conseguir una receta sensacional siempre deberás echar un poco de vegetal, un poco de animal y un poco de mineral. Y no se te olvide, al final, ponerle un pizquiritín de sal.»

Y, entusiasmados, prepararon pócimas para superar los exámenes, para levantarse con granos por las mañanas o para evitar las continuas regañinas de los mayores.

La bruja terminaba su irrupción poniendo a todos (los maestros también) de pie encima de las mesas. La disciplina se quebró por unos instantes dando paso al desenfado, al humor y a la risa que nadie sabe por qué diablos no pueden tener cabida en el rígido y serio ámbito escolar.

Y se iba con su cochecito de los años veinte, recomendando que si perfectas brujas querían ser, libros de brujas deberían leer.

Nacimiento de Pumaruja

La otra presentación de la bruja se hizo en el suplemento dominical infantil «La oreja verde» que quién suscribe realiza para el diario asturiano *La Nueva España*. Allí, en dos largas entrevistas a doble página, profusamente ilustradas con elocuentes fotografías, se cuenta la verdadera historia del nacimiento de Pumaruja. Ahora ya se puede afirmar que la bruja Pumaruja nació de la ilusión. Surgió de un libro que una niña leyó con pasión. O dicho con las palabras de Pumaruja: «De los libros puede salir lo más extraordinario, lo más sorprendente, lo más increíble. Por eso no es



ISAAC RUBIO.

extraño que yo saliera de un libro».

Y mientras la bruja Pumaruja volaba infatigable de un lugar a otro por las aulas y en las aladas páginas de un periódico, la biblioteca se iba transformando gracias a su mágico influjo.

Instaló allí su propio y exclusivo rincón, donde colocó los centenares de dibujos que le iban enviando, así como cacharros, pócimas y enseres de lo más variopinto. Ah, y por supuesto, todos los libros de brujas que hay en la biblioteca, que son muchos.

Y para que quedara patente esto último, se publicó una guía con estos libros y un marcador mágico para no perder jamás las páginas.

En menos de un mes la bruja Pumaruja adquirió una popularidad inusitada. Hasta el punto de aparecer dos cartas de los lectores (adultos) en el periódico local felicitándola por traer una chispa de optimismo en estos tiempos de crisis.

Una gran fiesta brujeril en el barrio, en la que colaboraron los bomberos y participaron cerca de seiscientos niños y niñas, catapultó aún más a nuestra bruja hacia la fama.

Por eso no tuvo más remedio que montarse en su escoba y, sin dejar su rincón en el barrio que la vio nacer, ir a visitar otros barrios y otras bibliotecas.

La Red de Bibliotecas de la Fundación Municipal de Cultura del Ayun-

tamiento de Gijón se vio así invadida por centenares de cartas y dibujos de niños y niñas dirigidos a la bruja Pumaruja.

Estos textos son ya radicalmente diferentes de los que hablaban de las brujas en general.

Ahora están ya hechizados por los encantos de esta brujita de la Nueva Generación. Veamos unas breves muestras de lo que opinan de ella:

«Creo que eres genial y te quiero mucho. Soy un poco mayor para creer en brujas, tengo 11 años, pero me gustaría ir a conocerte y que me contaras si puede haber alguna que esté escondida y que no sepamos que existe» (Sole, 11 años). «Te quiero y te deseo mucha suerte porque eres la bruja más guapa que vi en mi vida» (Tino, 9 años). «Quiero que me des una pócima para que el chico que me gusta ande por mí, él se llama Edgar» (Paula, 7 años). «Espero que vengas a mi casa, nos lo pasaremos muy bien con mi equipo de brujería. Después tendremos pastas con café» (Guadalupe, 8 años). «Mándanos un libro de conjuros que sean los más eficaces para arreglar todos esos problemillas que tú ya sabes, pero que no haya que preparar ningún mejunje» (Laura, 10 años). «Quisiera que me mandaras una foto para tener de recuerdo toda mi vida con mucho cariño, como estoy cuidando el marcapáginas» (Bea-

triz, 10 años). «Cuando te vi entrar ya me imaginé que eras una bruja muy guay y que nos lo íbamos a pasar muy bien contigo» (Tatiana, 10 años). «Yo hasta ahora no sabía que las brujas existían, pero cuando vi a la bruja Pumaruja sentí que era verdad, ¡las brujas existen!» (Miriam, 9 años). «Te escribe la niña de la primera fila, la niña rubia. Yo soy un poco bruja y me gustaría ser más bruja» (Vanesa, 8 años). «Eres muy guapa y quiero que vengas a mi casa a conocer a mi hermana María. Espero que te guste mi dibujo» (Sara, 6 años).

Gracias a los conjuros, a los encantos y a los sortilegios de esta bruja, algunas de nuestras bibliotecas han triplicado la afluencia de lectores.

Ahora ha empezado a confeccionar, con la colaboración de los niños y niñas, un gran libro brujeril en el que se recogerán todas sus peripecias y los dibujos y las cartas que le han ido enviando.

Pero como no para ni un momento, y cuenta con la fuerza que le da su juventud, ya que sólo tiene 346 años, sigue volando y está llena de proyectos relacionados con los libros y los niños.

Y nosotros continuamos con ella, seguimos entusiasmados, volando con una bruja.

(Permítaseme decir así, como posdata, que, de repente, nos hemos sorprendido al comprobar que hemos creado, sin proponérselo, un nuevo mito infantil. Un mito que tiene una personalidad propia, que supera nuestro control, porque los mitos, como decía Albert Camus, «están hechos para que la imaginación los anime». Y, una vez en el mundo, nadie, menos mal, puede detener su vuelo.) ■

* Paco Abril es coordinador del Área de Bibliotecas e Infancia de la Fundación Municipal de Cultura de Gijón y realizador del suplemento infantil «La oreja verde» del periódico *La Nueva España*.